

El aborrecido

El fruto de la montaña
trabajo y consuegro

Al riqueza

Caja de Ahorros de Asturias



Grupo de Montañeros VETVSTA

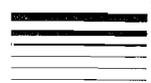
Adherido a la Federación Española de
Montañismo y Federación Norte de Esquí.



Peña Vieja, Altar Mayor de los Picos de Europa



Foto Ruta Tliva

 **Gestoría**

Prieto

 **Noriega**

MINAS
INDUSTRIAS
AGUAS
AUTOMOVILES
HACIENDA, ETC., ETC.

DOCUMENTACION
de
EMBARQUES Y PASAJES

Oviedo

Fruela, 14-1.º

TELEF. 1403 - 1404

Gijón

Corrida, 85

TELEFONO 2014

Isa

B A Z A R

Perfumería

Artículos de piel - Artículos de viaje

Géneros de punto

Bisutería

Deportes

Isa

Schulz, 2 y San Juan, 11

TELEFONO 3836

OVIEDO

¡De Picos de Europa!

Querido Sopena:

Hace unos quince años subí por primera vez a Peña Vieja. ¿Te acuerdas? Guababas tú nuestra expedición de una veintena de montañeros del Club Deportivo de Bilbao después de haber recorrido destacadas cumbres de la Cordillera Cantábrica.

Habiendo dormido en el refugio de Aliva, nos llevaste muy de mañana por la Canal del Vidrio hasta el collado de Santa Ana. Después de ascender a la Torre, nos volviste por la Canalona hasta los lagos de Lloroza para tomar el collado de Cuevarrobres y regresar al refugio.

Esta excursión vino a cerrar una etapa de mi vida deportiva: la guerra del treinta y seis abrió otra cuya característica en el deporte fué su dramatismo. Por eso, por la importancia y belleza de aquélla, quedó impresa tenazmente entre mis recuerdos montañeros.

Esto explica mi afán de reproducir tan atractivo paseo a través de los Picos de Europa. Pero en esta enulación andarina quiero destacar, para comunicártelo en ofrenda de dedicatoria, un hecho singular que cautivó la emoción de cuantos lo presenciamos.

Para contemplarlo, sitúate con la imaginación sobre el ángulo cimero de la pirámide de Peña Vieja, afiánzate a horcajadas sobre ella con firmeza para que el viento no te arrastre, contempla a tu izquierda el abismo decidido que desploma a la peña sobre Lloroza, y ve a tu derecha el glacial de nieve y hielo por donde has trepado con la alegría de tu agilidad y de tu experiencia. Estás en un templo, Sopena. El Arquitecto Todopoderoso ha trazado sobre tu cabeza la bóveda soberana y colosal de su arte divino; y en ella ha prodigado sus nubes sutiles cual ángeles que se prestan a recibir a Dios y hacerte partícipe de su gozo sublime. El vuelo solemne de dos águilas fija su adorno en el azul y blanco de la bóveda.

En tus manos sostienes, y aseguras contra el viento, el misal en el que un sacerdote revestido de luminoso blanco lee los más preciosos salmos que creara el éxtasis humano.

Y en aquel templo de rudas proporciones y de concepción estética jamás igualada, el recogido grupo de montañeros contempla súbitamente la venida, arropa cordialmente la llegada de Dios. Es el Domingo de Resurrección. A pocos centímetros de tu rostro—verdaderamente te roza la cara y «le sientes»—se eleva el Cáliz y la Hostia... y Cristo es un montañero más.

Tú no estabas allí, amigo Sopena. Pero si hubieras estado con nosotros, también hubieras llorado con la emoción violenta, y dulce a la vez, de sentirte partícipe del enaltecido grupo.

Este boletín me ha prestado su primera hoja para escribirte esta carta que yo he querido redactar llena de afecto para tí. La primera hoja de su próximo número está en blanco esperando tu contestación.

Te abraza,
EL PRESIDENTE



La realizada a las Picas de Europa

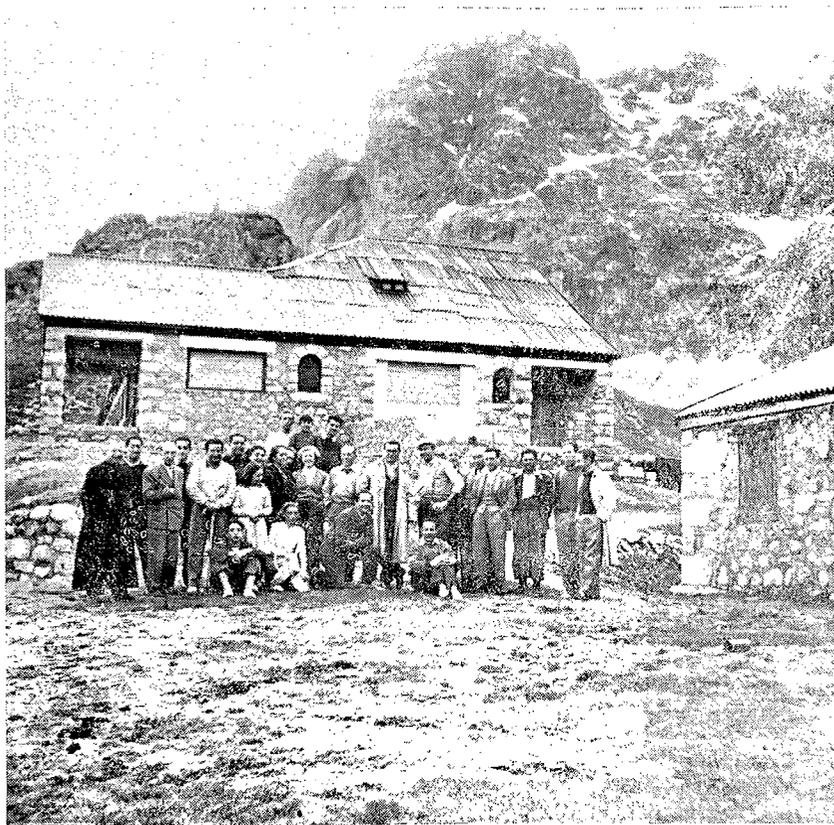
Aún con la sencillez propia de todas nuestras cosas, podemos calificar de verdadero acontecimiento deportivo la excursión llevada a cabo por nuestro Grupo al macizo Central de los Picos de Europa. Dios nos ayudó deparándonos un tiempo espléndido, impropio de la estación, que era nuestra gran preocupación, y nos protegió a todos al no producirse el menor accidente, a pesar del riesgo que ofrecían determinadas ascensiones. El tiempo y el espacio nos obligan a intentar reseñar en breves líneas lo que, por su importancia deportiva y curioso anecdótico, podría llenar muchas páginas.

A las 12,30 de la mañana del 16 de abril, salía de nuestro domicilio social el magnífico autocar en el que campeaban las pancartas del Grupo de Montañeros «Vetus-ta», conduciendo a los siguientes excursionistas:

Manuel Kreisler; Eugenio Quiñones; Eugenio Quiñones (hijo); Miguel Quiñones; Tomás Lombardía; Fernando Conde; Angelita Conde; Valentín Alvarez; Tomás Cerra; Luis Sela Sampil; Señora de Sela; Luisín Sela; Maruja Sela; Cuca Sela; Maité Sela; Luis Sánchez Gavito; Félix Montaves; Mario Carreño; Francisco Ruiz Tilve; Angelín Santiago; Gaspar Santurio; Luis Garrido; Jesús Quintanal; Jesús Quintanal; Miguel Castrillo; Jesús Suárez Valgrande; Señora de Suárez Valgrande; Félix Cortina; Luis Rodríguez Arana; José Luis Boto Trelles.

Integraba también la expedición el Capellán del Grupo, Profesor del Seminario, Don Manuel A. Menéndez.

A las 3,30, llega el autocar a Llanes, donde



Los participantes de la excursión en el refugio de Aliva (Foto Quintanal)

se hace la primera parada, saliendo nuevamente a las 4 de la tarde y llegando a Espinama a las 6,30, desde donde, después de un descanso de un cuarto de hora, se inició la ascensión al Refugio de Aliva, al que se llegó sin novedad a las 9,10 de la noche.

Los deseos y optimismo general para el cumplimiento de nuestros proyectos deportivos se ven un tanto frenados por el pesimismo de un grupo de excursionistas que encontramos en el refugio, y que presagian grandes dificultades; no obstante, queda trazado el plan para el día siguiente con el primer objetivo:

La ascensión a Peña Vieja (2.613 metros)

Es la mañana del Domingo de Resurrección, luminosa y diáfana en la grandiosidad de los picos, cuya imponente majestad admira el Grupo de excursionistas que, después de oír la Santa Misa en el refugio, inicia la marcha a las 8 de la mañana.

Componen esta expedición, nuestro Capellán Don Manuel A. Menéndez; Francisco Ruiz Tilve; Fernando Conde; Angelita Conde; Luis Sela; Luisín Sela; Cuca Sela; Angelín Santiago; Valentín Alvarez; Manuel Kreisler; Eugenio Quiñones, Tomás Lombardía; Jesús Suárez Valgrande; Jesús Quintanal; Jesús Quintanal; Miguel Castrillo y el guía oficial del refugio, Juan García.

La ascensión se inicia por la Collada del Vidrio, llegándose al Collado de Santa Ana o Tiro del Rey a las 10,45, desde donde, después de un breve descanso, se acomete la difícil empresa de llegar a la cumbre en una ascensión lenta y penosa a causa de la nieve que aparece en numerosos sitios completamente helada; al fin con la ayuda de Dios, se corona la Peña a las 11,45 de la mañana. El «Pater», Suárez y Quintanal, han hecho el enorme sacrificio de subir en ayunas; el primero para poder ofrecer en aquel escenario maravilloso el Santo Sacrificio; los segundos, para recibir la sagrada Comunión. Al llegar a este momento en los recuerdos, el cronista no encuentra expresiones para describir las sensaciones que este sencillo acto religioso, celebrado en una de las cumbres más altas de Europa, produjo en el ánimo de los que tuvieron la dicha de participarlo.

A las 1,30 se inicia el descenso. Los momentos de peligro se anegan en la confianza y el optimismo que infunden la pericia de Jesús Suárez, que sobre sus esquís emuló a las águilas en este descenso, la prudencia de Juan y la jocosidad de Ruiz Tilve, quienes condujeron por la Canalona a la expedición que llegó sin novedad a Lloroza a las 4,5 de la tarde, deteniéndose brevemente para tomar un frugal refrigerio y continuar hasta el Mirador del Cable, a donde se llegó a las 5,30, contemplando nuevamente el panorama desde aquella soberbia altura con el ánimo sobrecogido y lamentando que las deficientes condiciones en que se encuentra dicho Mirador a causa de los grandes temporales, no permitieran a todos los expedicionarios disfrutarlo con más tranquilidad. A las 6,50 se llegaba de regreso al refugio, entre el entusiasmo general y la sana envidia, un tanto admirativa, de quienes no efectuaron la ascensión.

La ascensión a Pico Tesorero (2.501 metros)

Lunes de Pascua. Tiempo espléndido también. Después de la Santa Misa, Mario Carreño, Luis y Luisín Sela, Félix Montaves, Luis Sánchez Gavito, Jesús Quintanal y Valentín Alvarez, acompañados de Juan, el guía oficial del refugio, acometen la también dura empresa de ascender a Pico Tesorero, que es coronado a las 1,45, después de una dura

lucha con la nieve. Cuando estos intrépidos montañeros regresan al refugio a las 5 de la tarde, hay cierta inquietud entre los que se quedaron, que están aún un poco sobrecogidos por la visión de un alud de nieve, precipitado minutos antes desde la cumbre de Peña Vieja. Llueve fuertemente, pero este grupo achaca su mojadura no tanto al fenómeno como al sudor. Otro objetivo cubierto y entusiasmo general en la «recepción» que se les dispensó.

Ascensión a Sierra de Abenas (1.919 metros)

La misma mañana del lunes ha salido otra expedición conducida por Ruiz Tilve y Carlos Calvo, hacia la Sierra de Abenas. La forman, el «Pater», D. Manuel A. Menéndez, Manuel Kreisler, Fernando Conde, Angelita Conde, Angelín Santiago, Eugenio Quiñones y sus hijos Eugenio y Miguel, Jesús Quintanal, Maruja Sela, Tomás Lombardía, y Miguel Castrillo. Se asciende por el Collado de la Cámara llegándose a la cumbre a las 11,45.

Tampoco es fácil describir la increíble sugestión que ofrece a la vista de los excursionistas la alegre policromía del Valle de Liébana. Sobre el atrevido tono verde de esta naciente primavera, parecen dormir apaciblemente los pueblos de Pembras, Cosgaya, Treviño, Llaves, Los Llanos, Camaleño, Beares, Turienzo, Pido, Brez, Bodía, Villagloria y Besoy, destacando sobre ellos los dos opuestos, Potes y Espinama, que parecen guardar celosamente la entrada y salida del Valle. Esta excursión, que ha sido realizada sin gran esfuerzo, ha compensado suficientemente las máximas exigencias y su recuerdo llenará durante mucho tiempo la imaginación de cuantos contemplaron esta vista maravillosa.

Ascensión a los Cuetos de Juan Toribio (1.896 metros)

Entre los expedicionarios forman algunos «inquietos» o «incansables». Al amanecer del martes, antes de emprender la marcha de regreso, Arana, Luis y Luisín Sela, Ruiz Tilve, Cuca Sela, Kreisler, Quintanal y Castrillo, suben a los Cuetos de Juan Toribio, según ellos, «a ver salir el sol» y, de paso, a los rebecos. La última Santa Misa,



por esta vez, en el refugio e inmediatamente después se organizan las dos expediciones de regreso, la primera de las cuales vuelve a Espinama a coger el autocar y la segunda inicia.

La travesía de Aliva - Puente Poncebos (23 km.)

Componen este Grupo el Capellán Don Manuel A. Menéndez, Luis y Luisín Sela, Fernando Conde, Jesús Suárez Valgrande, Mario Carreño, Luis Garrido, Félix Montaves, Valentín Álvarez, Manuel Kreisler, Tomás Lombardía, Jesús y Jesu-sín Quintanal, Juan el guía y Miguel Castrillo, iniciándose la marcha a las 8,30 de la mañana por la Garganta del Duje. El día, como sus hermanos anteriores, es también inmejorable y contribuye a anular la nostalgia que se apodera del grupo al abandonar los maravillosos parajes de la Sierra de Aliva. La sugestión de las vistas nuevas impide admirar las que se dejan atrás; y así van quedando los Invernales de las Vegas, del Texo y de Pandébano, llegándose a las 11,30 al Alto del mismo nombre, desde donde se admira otro aspecto imponente del Macizo presidido por la esbelta y desafiante silueta del Pico Urriello o Naranjo de Bulnes. Después de un breve descanso se reanuda la marcha a Bulnes, alcanzado a la 1 de la tarde y «sumiéndose» seguidamente la expedición en la abrupta Garganta del Bulnes, cuyo camino ziczagüeante, trazado en la misma roca, es la más imponente y fantástica ruta que puede imaginarse. Abajo, el murmullo sordo del río, apenas divisado por la profundidad y, arriba, solamente una estrecha hendidura de la Garganta por la que apenas si penetra el sol.

Cuando, al transponer uno de los recodos aparece el «nido de águilas» que imagina ser Camar-meña, la vista está fatigada ya de tanta grandiosidad y la admiración y exclamaciones entusiastas, hasta entonces contenidas, brotan de todos los pechos. A las 2,30 se llega a Puente Poncebos, donde espera ya el autocar con el resto de los excursionistas.

En el Pozo de la Oración

A medida que nos acercamos al Pozo de la Oración se va notando el común recogimiento por el sencillo acto proyectado. Hasta el tiempo ha cubierto sus galas, dejando apenas paso la neblina de la tarde, a la imponente silueta de Pico Urriello, cual si su presencia también fuera necesaria en el mismo. Un responso nada más, pero hondo y sentido, silencioso y emocionante, con el recuerdo puesto en el gran montañero que fué Pedro Pidal. Ya no nos extraña que quisiera que reposaran sus restos en los Picos de Europa.

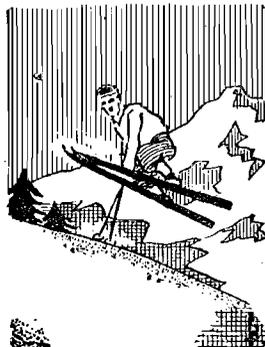
Ante Nuestra Señora de Covadonga

Se canta otra vez en el autocar. Y se habla mucho, dando idea de la gran prisa que hay en des-

atarse en impresiones de lo hecho y vivido. Los nervios de todos están alterados. Y solamente cuando en la paz augusta del Santuario Mariano, la Virgen «Montañera», la «Santina» de Covadonga acoge las preces de los excursionistas, parece apoderarse de todos una dulce e inmensa paz, que hace brillar muchas pupilas. Preces de agradecimiento y de petición de protección para todos los montañeros del mundo. Nada hay que acerque tanto a Dios como la inmensa soledad de las montañas y la grandiosidad de la naturaleza.

Una carrera rápida y Oviedo. También el autocar ha cumplido exactamente su misión. A las nueve de la noche, los paseantes de la «Escandallera» contemplan un poco sorprendidos la algarabía de unos cuantos abrazos que se reparten gentes con atuendo un poco estrafalario, mientras esquís y mochilas se alinean en la acera, esperando que sus dueños, por última vez también en esta excursión, las unan a su carga de recuerdos emocionantes de unos días vividos intensamente.

EL SOCIO NUM. 531



La realizada a la Peña de la Portiecha

Cuando descendimos del tren en la estación de Campomanes el aire era tan limpio y transparente que se percibía en todos sus detalles la Peña de la Portiecha, cumbre a la que nos dirigíamos, y parecía estar más próxima, hasta el punto de que algunos de los expedicionarios iniciaron leves protestas por parecerles harto fácil la excursión.

El autocar que hace la línea hasta Telleo, nos deja en Espinedo y desde este lugar, después de dejar que Feleches dispare sobre nosotros su máquina fotográfica sin compasión alguna, atravesar el río sobre un leve puentecillo y el típico

caserío, comenzamos la ascensión por un empinado castañedo en el que se nos une un muchacho que durante un buen trecho ha de servirnos de guía con una buena voluntad y un desinterés que ya solo se encuentra por estos parajes.

Levemente, pues la pendiente es fuerte, continuamos la ascensión haciendo paradas frecuentes, tanto para procurarnos ligeros descansos como para contemplar el paisaje que va quedando a nuestras espaldas. Al fondo el estrecho valle del Huerna y sobre él el Cordal de los Llanos con los apretados caseríos de Carraluz y Piñera y sus verdes praderas salpicadas del rojo de los tejados de sus cabañas. A nuestra izquierda las casas de Jomezana de Arriba y Abajo parecen apretarse contra el suelo a medida que ganamos altura.

A las 12 llegamos a la base de la Peña que se alza imponente sobre nosotros y nos disgregamos en diversos grupos para escalarla por diferentes lugares, consiguiendo a la una de la tarde agruparnos nuevamente alrededor de la tosca cruz de madera que se alza sobre la cumbre.

En la escalada se destacaron notablemente la cada día más entusiasta Cuquí Sela y Angeles García, que hacía su primera salida.

El paisaje que se domina desde esta cumbre es impresionante. Al Sur, La Tesa con su muralla caliza, cierra el paso a nuestra vista; al Oeste,



Un descanso en la Travesía Aliva - Puente Poncebos. - Al fondo el Naranjo de Bulnes. (Foto Quintanal)

Peña Ubiña, El Tapinón y Peña Rueda, coronadas de nieve; y al Norte, la cordillera del Aramo.

La visibilidad es perfecta, pero pronto hemos de dejar nuestro observatorio a causa del fuerte viento que nos obliga a buscar el abrigo de unas peñas para realizar la comida.

El regreso se hace por la vertiente opuesta a la de la subida, llegando a las cinco de la tarde a Los Pontones después de pasar por el típico pueblo de Reconcos y con un calor que hacía apetecer el baño en el espumoso río que atraviesa el citado lugar. Desde aquí nuevamente el autocar nos conduce a Campomanes, en donde tomamos el ferrocarril para la capital encantados de la excursión realizada.

«PORTIECHA»

EXPOSICION DE FOTOGRAFIAS

Con motivo de la excursión llevada a cabo recientemente al Macizo Central de los Picos de Europa, en los próximos días se verificará en nuestro Grupo una exposición de las interesantes fotografías obtenidas en la misma.

Visión integral del alpinismo

POR EL DOCTOR JOSE ANGEL DE ARGUMOSA Y VALDES

Un afán inveterado de abarcar las distintas facetas que toda actividad lleva anejas nos ha impelido a bocetar el deporte de montaña en todos sus aspectos, mejor dicho, en todos menos en uno, el técnico; este es conocido por todos los montañeros, por ello no describiremos el «rappel», ni la escalada como actividades deportivas, pero sí en lo que afecta al factor humano, psíquico y somático.

Aubrey F.-G. Bell, ilustre hispanista inglés, escribía a propósito del humanismo: Se puede definir así el humanismo: enriquecimiento del hombre por un tesoro de asociaciones. Despojados de estas asociaciones, el hombre es pura nada: «pulvis, cinis et nihil»; solo en relación con la familia, el medio, la historia, el arte, la literatura, la patria, la Naturaleza y Dios, llega a ser un mundo en miniatura, un ser de infinitas posibilidades.

Conscientes de la prelación de los valores espirituales sobre los puramente materiales por aquellos comenzaremos, sin que por ello desdeñemos el aspecto físico de la cuestión, muy al contrario, este deporte exige para gozar de los primeros plenamente facultades anatómicas fisiológicas que es necesario conocer.

Este deporte, en su aspecto externo, cae plenamente dentro de la ortodoxia católica. No pretendemos hacer historia, pero recordaremos, sin embargo, algunos seres que sintieron en el ambiente puro y arriesgado de los Alpes la llama viva del amor divino: tal fué Bernardo de Menthon, que sintió en su propia carne afanes de caridad; así, también, hasta el solio pontificio se ha elevado algún Papa

que, antes, fué destacado alpinista; múltiples abadías recogen las preces de sus monjes en el marco soberbio de naturalezas vírgenes, contribuyendo con su esfuerzo al alivio de los caminantes que por sus inhóspitas regiones se aventuran. ¿No habéis experimentado en las altas cumbres un gozo inefable de desprendimiento terreno, de ansia de elevaros a Dios, de perfección, en suma?

Original de Víctor de Laparade es una bella interpretación providencialista de la acción de la Naturaleza sobre el hombre. «El aspecto de la Naturaleza encierra una revelación que contiene algo de divino. ¿Por qué limitar la palabra de Dios, el Verbo infinito, a un solo lenguaje, a un único medio de manifestación? ¿Es que el infinito no puede tener mil voces, mil maneras de hablar al alma? Atribuir a la Naturaleza una parte en la educación del hombre, en la formación de nuestros pensamientos; ver en todas sus armonías una multitud de voces, cada una de las cuales nos instruye en alguno de los innumerables atributos del ser infinito, es, simplemente, afirmar esta verdad: Dios nos habla a través de los sentidos, como nos habla desde el interior de nuestra alma».

Desde el punto de vista psicológico muy pocas cosas podemos decir; no obstante le abordaremos controlado por la propia experiencia. En puridad, es sumamente difícil separar los efectos exclusivamente psíquicos de los psicofísicos en lo concerniente al deporte alpino, es decir, aquellas influencias que sólo y directamente afectan al alma de las que penetran por la vía física haciéndonos reac-

cionar psíquicamente. Existe una cuestión, que no deja lugar a duda; se refiere a las ventajas derivadas del momentáneo abandono de nuestras cotidianas actividades, generalmente encuadradas en un marco de elevada tensión, con innúmeras preocupaciones, a las que la vida en los núcleos de población añade la febril agitación de nuestra existencia. Nuestro sistema nervioso se halla sometido a tal cúmulo de influencias que la fatiga y el desequilibrio se hacen patentes; el sueño, en ocasiones, no es reparador, y aparecen diversos estados psicopáticos; pues bien, nada más reparador, ningún sedante más natural y eficaz que el deporte montañero; después de practicado éste, de gozado el bello espectáculo que nos ofrece la naturaleza, el equilibrio se restablece y la vida nos parece más leve, más llevadera.

Acaso la pasión que siempre hemos sentido por la montaña nos haya hecho excedernos en esta apreciación, cual es, la de considerar su deporte como un estupendo tónico de la voluntad; el acostumbrarse a vencer dificultades, a bastarse a sí mismo, a superarse, en suma.

La hermandad que se crea entre los montañeros, su mutua comprensión, nacidos de la satisfacción o del peligro sentidos en común, sin bastardeamientos

de la civilización, es otro de los síntomas psíquicos que más fácilmente se ponen en relieve: allí, sin perder el respeto debido a la persona, e incluso a la jerarquía, desaparecen las convencionales desigualdades creadas por la sociedad al margen de la educación, base únicamente estimada por nosotros para la convivencia.

Pasemos a estudiar nuestra actividad desde el punto de vista psicofísico, advirtiendo que los datos aportados por la ciencia en este aspecto son todavía inconexos y en ocasiones un tanto subjetivos, razón por la que sin perjuicio de la veracidad de los mismos tengamos que referirlos a la propia reacción. Seguiremos en esta parte al Prof. Willy Hellpach, autor, a nuestro entender, que más a fondo ha estudiado esta materia y que



En el Pozo de la Oración

(Foto Ruiz Tilve)

mayor número de elementos de juicio ha reunido.

Cuando nos elevamos monte arriba experimentamos una acción particular de la atmósfera, que no se registra, en otro caso, en ningún clima de la tierra; el



aire está más enrarecido, más ligero; la presión atmosférica va disminuyendo constantemente. Esto llega a tal extremo, a partir de una altura determinada, que, si no se han tomado las debidas precauciones, el organismo humano enferma, manifestándose el «mal de las montañas» desde los 3.000 a los 5.000 metros. Más allá de los 6.000 a los 9.000 metros, sin dispositivos especiales, perecería porque el aire enrarecido no puede suministrar la cantidad necesaria de oxígeno que el organismo exige.

Acerca de la cuestión de si los efectos psicofísicos que las tierras altas, dentro de la zona del «mal de las montañas», ejercen sensiblemente—y por virtud de las cuales se busca hoy tan especialmente la altura con fines reparadores—procedan del enrarecimiento o de otras propiedades del aire de las alturas, afines a las del verano polar, de las tierras interiores y en parte, de la playa hay una diversidad inconciliable de opiniones en climatología, sobre todo en fisiología del clima. Dos hipótesis fundamentales se enfrentan aquí: una que deduce del en-

rarecimiento del aire los efectos más esenciales de la acción biológica del clima de altura, y otra que los deduce de la radiación solar. Probablemente algún día se resolverá la cuestión, situándola en el justo medio: parece absolutamente improbable que enrarecimientos del aire, como los que se registran en las montañas, puedan ser indiferentes a un organismo que respira, pero también es cierto que la fuerza y la clase de la radiación en las alturas influye decisivamente en el organismo. El ahogo y la quemadura de los ventisqueros son una prueba palmaria de ambos efectos a la vez y en gran escala.

La forma de acción del clima de montaña, tal como comienza a producirse por encima de los tres mil metros, ya se manifieste de súbito, ya se retrase hasta por encima de los 4.000, el famoso «mal de las montañas», seméjase mucho al cuadro sintomatológico del peligro de congelación. Aun sin que se presente especialmente el ahogo, todo el organismo se siente rápidamente invadido por un cansancio entumecedor; sentarse es

el único remedio momentáneo posible; a menudo hay que descender rápidamente. Pero mientras en la congelación aparecen, al sentarse, unas ganas invencibles de dormir que ponen en peligro la vida y hay que reunir todas las fuerzas para moverse, lo que constituye la única salvación, el enfermo del «mal de las montañas» se siente completamente fresco a los pocos minutos de descansar, se levanta ligero, para, al cabo de unos pasos, ciento, doscientos, sentirse tan mal como antes. Es una de las formas más puras de paralización motora: cuanto más fuertemente ataca tanto más resulta afectada la psique, y la imposibilidad de seguir adelante suscita, finalmente, una desanimación apática por la que se abandona uno a su destino. Añádanse los efectos del frío, naturales a semejantes alturas,

nevadas, tempestades de nieve, de suerte que si se suman el «mal de las montañas» y el estado de congelación, ambos, con su letargia ponen en peligro inminente la vida.

Es un hecho fuera de duda que el peligro del «mal de las montañas» varía según las localidades, pasando de cierta altura, habiendo sido infructuosos todos los intentos hechos hasta la fecha para explicar este fenómeno.

NOTA DEL GRUPO.—El Sr. Argumosa nos explica en estos últimos párrafos los efectos del «mal de montaña» cuando se escalan alturas superiores a 4.000 ó 6.000 metros. Acogemos con gusto sus comentarios y enseñanzas pero, por ahora, los dedicamos a los aviadores.

Una travesía de Oviedo a Barruelo

Muy interesantes, en verdad, las cuartillas que nos envía el veterano Zuzua, con la reseña de la travesía que efectuó un pequeño grupo por él conducido, desde Oviedo a Barruelo, durante los días 13 al 17 del actual.

Los apremios de espacio nos obligan a extractar sus documentadas referencias que, no obstante, pasan íntegras a nuestro archivo.

La salida de Oviedo se efectuó por f. c. el día 13, por la tarde, llegándose el mismo día a Campo de Caso y Tarna, donde pernoctaron.

El 14, llegan los excursionistas a la Sierra de Mampodre, efectuando la ascensión al Pico de la Cruz, descendiendo después a la Vega del Lago y continuando a Acevedo para pernoctar.

El día 15, salen de madrugada por carretera, llegando a Riaño a las 9,45 y

desde allí continúan en coche hasta Siero de la Reina, desde de donde continuaron la marcha bordeando el Espiguete, hasta Cardaño de Arriba, en la provincia de Palencia, donde pernoctaron.

El 16, verifican la ascensión a la Horcada de Ves, descendiendo por la Vega de Fuentes Carrionas y llegando al atardecer al Seminario de Levanza, que visitaron, continuando después la marcha hasta San Salvador y saliendo a la mañana siguiente para visitar la Cueva del Coble, ascendiendo después por el Valle de Santull al Pico Valdecebollas, haciéndose el descenso hasta Brañasera y desde allí a Barruelo, para tomar el empalme ferroviario de Reinosa en Quintanilla; de Reinosa a Torrelavega en autocar y desde este último lugar a Oviedo, donde rindió viaje sin novedad esta expedición el domingo 17, por la tarde.

Peña Vieja, altar mayor de las Picas de Europa

Por D. MANUEL A. MENENDEZ, Capellán del G. M. V.

En eso la hemos convertido los Montañeros del Vetusta, cuando el día de Pascua, el Capellán del Grupo, hacía allí presente a Jesucristo Sacramentalmente por la consagración del pan y del vino.

Pero una Misa en la escarpada cumbre de Peña Vieja, en una mañana esplendorosa y radiante de Resurrección, acariciados por las brisas de un soleado abril... no es para descrita con el pobre lenguaje humano: es preciso tener una auténtica «vivencia», intuitiva y personal—pase la expresión filosófica—para captar toda su grandiosa realidad. Porque si la palabra no es fiel trasunto de la idea; si mil veces forcejeamos inútilmente por buscar la frase, o, la fórmula que sea vestidura exacta de nuestros pensamientos ¿cómo podríamos pretender esto en el corazón mismo de los Picos de Europa, cuando la noción de las distancias y las proporciones nos abandonan, allí donde hemos sentido el vértigo de lo infinito, y el alma se vió abrumada ante tanta sublimidad y grandeza?

Quede para los expertos la descripción «técnica» de aquella emocionante ascensión que duró cerca de cuatro horas, y en la que no sabe uno qué admirar más, si la alentadora firmeza de los «ases» de la montaña, o la paciente, pero

segura voluntad de los que empiezan ya a vivir de recuerdos montañeros, o la intrepidez de los benjamines, en quienes ni por un sólo momento prendió el menor desaliento.

Aquel grupo, valiente y animoso, que hacía unas horas saliera del refugio, rebotante de ese optimismo que instintivamente pone un canto y una sonrisa en los labios, unido por esa encantadora y extraña fraternidad que da la montaña, germen fecundo de sincera y perdurable amistad, va por fin acercándose a la misma cumbre de la amada Peña Vieja, pero ahora lenta y penosamente: no parece sino que ésta, consciente de sus glorias y bellezas, quiere cobrarnos tributo por el inmenso gozo que su posesión nos habrá de proporcionar.

Después de los primeros momentos de asombro y admiración ante la excelsitud del grandioso panorama que por doquier nos circunda, empezamos la construcción de un agreste altar—como lo hiciera en otro tiempo el pueblo elegido de Dios—con trozos de roca desgajados de la misma peña. Sobre ellos la piedra del ara con las reliquias de los Mártires, y encima los blancos y límpidos manteles con el severo cáliz; deslumbrante de oro y de luz. El misal descansa sobre un atril de carne y sangre, un atril viviente: las manos temblorosas de uno de los montañeros. No lejos de este exótico e impro-

visado altar, colocamos, formando un paredón de defensa contra la fuerte brisa, nuestras mochilas. Los montañeros se acurrucan ahora materialmente en torno de la cruz. Parecía aquello un símbolo: «stat Crux, dum volvitur orbis», repetíamos en días anteriores. Va a empezar la Misa y se hace un silencio imponente. Tan grande, que se percibe. Es el silencio del reino encantado de la Soledad. Sólo se oye la voz emocionada del sacerdote recitando las exultantes aleluyas del día triunfante de la Resurrección. Toda la majestuosa solemnidad que reviste la liturgia del día grande de la Pascua, encontraba un marco adecuado en aquel soberbio Templo de la Naturaleza. Y hasta parecía cobrar matices de circunstancias. «Este es el día grande del Señor, saltamos de gozo y alegrémos en él», himno jubilar que brotaba nos espontáneamente de nuestros corazones...

El sacerdote se vuelve de cara al abismo y su actitud tiene ahora algo de desconcertante: entreabriendo sus brazos, deja a sus espaldas a los montañeros, y pronuncia las palabras de rúbrica: «El Señor sea con vosotros», palabras que son forzosamente un saludo y una obligada bendición para el coloso de Bulnes y sus gigantes compañeros los Urriellos que se levantan imponentes ante su vista...

Y así, rodeados de esa augusta grandeza, ungida de religiosidad, prosigue el santo sacrificio de la misa. Al fin se acerca el momento solemne de la consagración: Jesucristo va a descender a las manos del sacerdote en la aristada cumbre

de Peña Vieja. Y dentro del majestuoso marco que forman los encendidos Urriellos, las Peñas Santas, el Tesorero... el majestuoso y magnífico conjunto de los tres macizos, la bóveda del cielo—de ese cielo azul e incomparable de los Picos de Europa—va a albergar, rendida, a su Criador...

Según el rito de la liturgia oriental, cuando en la Misa se va hacer presente el Señor, se corre una cortina para ocultar a los fieles los sagrados misterios que allí se realizan. Yo también quiero descorrer aquí un velo sobre este relato, que como dije al principio, no puede ser ni siquiera un pálido reflejo de la realidad.

* * *

Se inicia el descenso por la helada nieve, sostenidos por una débil cuerda. Hay momentos de intensa emoción, no exentos de peligro. Allá a lo lejos las Peñas Santas asoman gallardamente sus cabezas. Por encima de ellas nuestro pensamiento vuela a los pies de la Santina. Por eso bajamos confiados y seguros. La nieve es ahora más espesa, fría y profunda. Ya llegamos a los lagos de fondo transparente. Al fin me separo del Grupo camino del refugio. Y en mi alma suena como una monótona cantilena: ¡cuántos corren ansiosos tras un poco de fementida belleza, y se asfixian entre vapores de atmósferas viciadas, y vuelven tal vez con el alma destrozada... y bajan al sepulcro sin haber conocido la verdadera y auténtica Belleza: la de los Picos de Europa!

El Grupo Montañeros "Vetusta", trabaja

Sin estridencias, sin chinchines de barraca y sin darle importancia a las cosas, como todos los que son modestos, el Grupo de Montañeros «Vetusta» viene llevando a cabo una admirable labor de auténtico deportivismo. Las serranías, los picachos de Asturias, son testigos de excepción de estos afanes cada día más hondos, más numerosos y mejor sentidos y puestos en práctica.

Excursiones a los más bellos parajes de nuestros cordales; concursos de escalada; fiestas sencillas, casi pastoriles, en pleno corazón de la montaña, orientación desinteresada a los neófitos; espíritu amplio, grande, como los espacios en que el «Grupo» actúa.....

De todo esto y de muchas cosas más, igualmente interesantes y aleccionadoras, nos hablan los montañeros en sus boletines, editados con verdadero mimo en la elección de originales y sobrio señorío en el aspecto tipográfico.

El último número, llegado ayer a nuestras manos, confirma el propósito firme de seguir esa trayectoria de buen gusto a que hacemos referencia en el párrafo anterior.

(De «La Nueva España» correspondiente al 7-4-49)



Nuevos socios

Ferretería de Sra. Vda. de Crisanto Díaz; don Constante Morilla Pover; don Rafael Enrique Uralde; don Antonio Aza y González-Escalada; don José Iglesias Sánchez; don Gaspar Rodríguez Santurío; don Félix Cortina Prieto, don José Carlos González González; don José Luis Velasco Fernández; don Pedro Martínez Rayón; don José Luis Uribebarrea Ardua.

Publicaciones recibidas

Agrupación Excursionista Icaria, de Barcelona; Centro Excursionista Puigcastellar, de Santa Coloma; Centro Excursionista de Cataluña, de Barcelona; Club Alpino Tajahierro, de Santander; Club Alpino Romate, de Madrid; Club Deportivo Navarra, de Pamplona; Asociación de Antiguos Alumnos de San Pedro Apóstol, de Tortosa; Club Montañés Barcelonés, de Barcelona; Centro Excursionista Mar y Cielo, de Barcelona; Agrupación Montañera Astur Torrecerredo, de Gijón; Club Deportivo Fortuna, de San Sebastián; Centro Excursionista Sabadell, de Sabadell; Unión Excursionista de Cataluña, de Barcelona; Estación de Estudios Pirenaicos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Nota importante

Habiéndose observado que la mayoría de los montañeros que tomaron parte en el intento de ascensión a Peña Ubiña el pasado día 19 de marzo, han emitido los correspondientes partes de montaña con destino a nuestro Concurso de Altura, la Junta Directiva reitera que solamente puntúan las ascensiones a montes cuyas cumbres sean coronadas, por lo que debe considerarse anulado dicho parte que, en general se hizo a Fuente Cerrados, rogando a los que lo emitieron, lo retiren en la Secretaría del grupo, rectificando la altura de los restantes para lo sucesivo.

NECROLOGICAS

Con profundo pesar, registramos en nuestro BOLETIN el fallecimiento de doña Digna Sánchez Isla, Viuda de Lueje, ocurrido en Infiesto el día 3 del actual, expresando nuestro sentimiento a sus familiares y, muy especial, a su hijo José Ramón, compañero y amigo nuestro.

Del mismo modo, expresamos también nuestra condolencia a los familiares de doña Eduvigis Rodríguez Fernández, Viuda de Corcobado, fallecida el 7 del actual, y especialmente a su hijo Santos, también consocio y amigo nuestro.

DE LA
**Casa Aurelio
G. Fidalgo, S. A.**

ANIS

PRINCIPADO

L I C O R C U M B R E

Sidra Cima

**COLLOTO
(OVIEDO)**

LA SIDRA DE TODOS LOS TIEMPOS

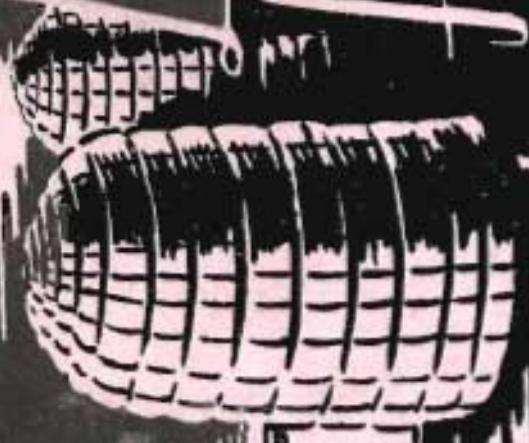
Dulce de Manzana

ELABORADO A BASE DE MANZANAS ESGOGIDAS

Industrias Cima, S. A.

**TELEFONO
1599**

La abeja aborreció el
fruto de su
trabajo y consiguió aumentar
su riqueza



Feller

Caja de Ahornas de Asturias